

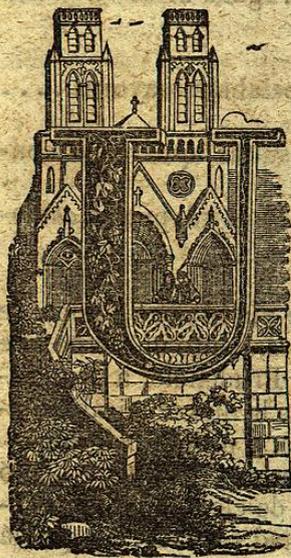
H. Izarte lito.

Lito. de M. Murguía y C<sup>o</sup>.

EL EVANGELISTA.



## EL EVANGELISTA.



N evangelista que no es S. Lucas, ni S. Juan, ni S. Marcos, ni S. Mateo, no es evangelista: un evangelista que no sabe jota de los evangelios tampoco es evangelista; y sin embargo, nosotros tenemos nuestro evangelista que sin ser de los verdaderos evangelistas tiene parte de los atributos de todos ellos. Es decir, á nuestro evangelista no le falta su angelito, tiene la bravura de los leones, el pico de la águila, y no es difícil que cargue los cuernos del toro; aunque

sobre estos sucede lo que con todas las cosas que no se espresan en el evangelio, esto es, que no son de fé.

Por si el tipo que acompaña este artículo no fuere todavía sino un enigma para nuestros lectores, procuraremos ser mas esplicitos, y si es posible tan veraces como unos evangelistas. Semejante á ellos nuestro evangelista es por lo regular de condicion humilde, pertenece á la clase democrática como los pescadores en tiempo de Augusto, y aunque no haya sido pescador de profesion, porque no es necesaria una profesion para ser evangelista, el nuestro en cuestion fué por lo menos aprendiz de barbero, coime de villar, sacristan, ó á lo mas sargento retirado sin el goce de fuero y uniforme.

Nuestro hombre necesitaba vivir; para vivir necesitaba comer; para comer necesitaba trabajar; pero trabajar de un modo libre, independiente y noble: sabia escribir, dibujar un tanto cuanto, y solia de tarde en tarde componer unas décimas *de amor y contra él*: algo hazgó de la manera de poner un memorial; en una palabra, era hombre de letras. Cansado de buscar un destino *ad hoc*, aburrido de estarse escribiendo doce horas por el módico sueldo de tres reales, al lado de un escribano que lo esclavizaba y lo hacia parte integrante de su protocolo, nuestro actual evangelista se levantó un dia con las muelas tuestas, pero como inspirado, y pasó á la casa de su vecino.

El vecino era capaz de dar un buen consejo.

—Buenos dias, D. Hilarion.

—¡Hola! qué aires traen á su casa tan de madrugada al Sr. D. Juan Silenciaro del Portal?

—Qué aires?... El demonio!

—Aguarde vd. hombre me vestiré: esas son palabras mayores....

¿Qué ha hecho vd. pacto....

—No, D. Hilarion; pero deseo quejarme, consultar, quiero un consejo.

—Bueno; pero tomaremos antes chocolate ¿lo toma vd. puro ó *chamurrado*?

—De cualquier manera.

Mientras se batia el desayuno, D. Hilarion se vistió poco á poco, se quejó de las malas noches que le daban las chinches, contó un sueño que habia tenido sobre la lotería de S. Carlos: y D. Prudencio, á propósito, le contaba al vecino una reciente pesadilla en la que se miraba convertido en piedra litográfica metido en la prensa; y procurando esponjarse todo lo posible para no sucumbir á la presion, reventó y lanzó un grito; pero despertó acongojado y solo halló de cierto que tenia sobre su cuerpo un brazo y una pierna de su mitad querida. Aquí la criada interrumpió el cuento presentando á los amigos el desayuno. D. Hilarion se enderezó en su silla, montó una pierna sobre otra y quebrando un bizcocho con tres dedos, dijo: véamos, pues, que con-

sejo.... No pudo continuar porque se llenó la boca con una sopa de chocolate, muy caliente aun, y durante su duda de si tragaba ó escupia, respondió D. Prudencio dejando enfriar á la vez su chocolate. —Pues señor, ya me aburro de mi vida: deseo trabajar, pero no echar los pulmones por la boca escribiendo hasta de noche. He pensado en pretender un destinillo, pero no tengo resortes: tambien he pensado en ser maestro de escuela, pero no es mi genio para lidiar con muchachos: he pensado....

—¡Hombre.... han traído el chocolate hirviendo!—¿No ha pensado vd. en ser almacenista?

—No, no, fuera de broma; pero si he pensado en escribir para el público.

—¡Ah! periodista?

—Tampoco. He pensado en ser escribiente sin amo á quien servir, sino en el portal....

—¡Ah! hombre, evangelista ¡he! todo acaba en *ista*, y al fin eso es mejor que agiotista, pancista, petardista, pesimista....

—Con que ¿le parece á vd?

D. Hilarion, para quien todo era magnífico y supremo, aprobó y aun regaló á D. Prudencio una mesita, un tintero, plumas, navaja, cuatro reales para papel y una receta para hacer buena tinta. Verificado aquí que quien dá el consejo dá el toston. D. Prudencio, prévio el permiso correspondiente, se instaló en el portal de la plaza de Santo Domingo, constituyéndose en secretario público.

D. Hilarion, que es mi *Journal de evenements rares*, D. Hilarion que debería ser parte integrante del telégrafo y haber sido formado antes que para hombre para vocina, me ha puesto al tanto de esas historias, y no solo sino que ha satisfecho mi curiosidad de conocer *pro famosiori* á nuestro evangelista. En efecto, D. Hilarion que es tambien taquígrafo, este D. Hilarion banderizo de la mordacidad, ocioso de profesion, cronista escandaloso de los matrimonios, me citó para que fuésemos á examinar de cerca al escribiente público cuyo nombre se ha convertido en guarismo, porque en vez de poner en el rotulillo que le sirve de enseña

JUAN SILENCIARIO DEL PORTAL,  
Escribiente.

ha puesto en letras gordas *Escribiente n.º*.... no recuerdo el número, pero no hace al caso. Nuestro guarismo de carne estaba sentado delante de su mesa; sobre ella habia tintero, papel escrito, papel blanco, regla y compás.

D. Hilarion saludó al guarismo; pero cuando ibamos á entrar en conversacion llegó una muger con trazas de haber llorado: se acercó